

DARON ACEMOGLU y JAMES A. ROBINSON

EL PASILLO ESTRECHO

ESTADOS, SOCIEDADES
Y CÓMO ALCANZAR LA LIBERTAD

¿Por qué en algunos países florece la libertad
y en otros el autoritarismo?



De los autores de *Por qué fracasan los países*,
con más de 150.000 ejemplares vendidos en español

Traducción de Ramón González Férriz
y Marta Valdivieso

DEUSTO

El pasillo estrecho

Estados, sociedades
y cómo alcanzar la libertad

DARON ACEMOGLU
JAMES A. ROBINSON

Traducción de
Ramón González Férriz y Marta Valdivieso



EDICIONES DEUSTO

Título original: *The Narrow Corridor*
Publicado por Penguin Press

© 2019 by Daron Acemoglu and James A. Robinson. Todos los derechos reservados.
© de la traducción: Ramón González y Marta Valdivieso, 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAPF, SLU.
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3081-9
Depósito legal: B. 20.032-2019
Primera edición: octubre de 2019
Preimpresión: pleka scp
Impreso por Black Prin

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prefacio	11
1. ¿Cómo finaliza la historia?	19
2. La Reina Roja	57
3. La voluntad de poder	107
4. La economía fuera del pasillo	134
5. Alegoría del buen gobierno	168
6. La tijera europea	199
7. El mandato del cielo	257
8. La Reina Roja rota	302
9. El diablo en los detalles	338
10. ¿Qué pasa con Ferguson?	384
11. El Leviatán de papel	427
12. Los hijos de Wahhab	464
13. La Reina Roja fuera de control	488
14. En el pasillo	532
15. Vivir con el Leviatán	577
Agradecimientos	618
Ensayo bibliográfico	621
Bibliografía	623
Fuentes de los mapas	669
Créditos del encarte de fotos	671

Capítulo 1

¿Cómo finaliza la historia?

¿Una anarquía que viene?

En 1989, Francis Fukuyama⁶ predijo el «fin de la historia», en el que todos los países convergían hacia las instituciones políticas y económicas de Estados Unidos, lo que él llamó «una flagrante victoria del liberalismo político y económico». Sólo cinco años después, Robert Kaplan describía una imagen del futuro radicalmente diferente en su artículo «La anarquía que viene». Para ilustrar la naturaleza de esta anarquía y violencia caótica, se sintió obligado a empezar por África occidental:

África occidental se está convirtiendo en el símbolo de [la anarquía] [...]. Las enfermedades, la sobrepoblación, los delitos no provocados, la escasez de recursos, las migraciones de refugiados, el creciente debilitamiento de los Estados-nación y las fronteras internacionales, y el fortalecimiento de los ejércitos privados, las empresas de seguros y los cárteles de la droga internacionales se manifiestan ahora de manera más reveladora

6. Los argumentos contrapuestos que se exponen a continuación y que sostienen Francis Fukuyama, Robert Kaplan y Yuval Noah Hariri se presentan en Fukuyama (1989), Kaplan (1994) y Hariri (2018). Las citas son de Fukuyama (1989, p. 3) y de Kaplan (1994, p. 46).

a través del prisma de África occidental. África occidental aporta una introducción apropiada a estos asuntos, a menudo extremadamente desagradables de discutir, a los que pronto se enfrentará nuestra civilización. Para replantear el terreno político tal como será en unas pocas décadas [...] creo que debo empezar por África occidental.

En un artículo de 2018, «Por qué la tecnología favorece la tiranía», Yuval Noah Hariri hacía otra predicción sobre el futuro, cuando argumentaba que los avances de la inteligencia artificial nos anuncian el nacimiento de unas «dictaduras digitales» en las que los gobiernos serán capaces de observar, controlar e incluso dictar la manera en que interactuamos, nos comunicamos y pensamos.

De modo que la historia aún puede finalizar, pero de un modo muy distinto al que había imaginado Fukuyama. Pero ¿cómo? ¿Con el triunfo de la idea de democracia de Fukuyama, la anarquía o la dictadura digital? El creciente control que el Estado chino ejerce sobre internet, los medios de comunicación y las vidas de sus ciudadanos corrientes podría indicar que nos dirigimos hacia una dictadura digital, al mismo tiempo que la historia reciente de Oriente Próximo y África nos recuerda que un futuro anárquico no resulta tan descabellado.

Pero necesitamos una forma sistemática de pensar en esto. Como sugería Kaplan, empecemos por África.

La declaración del artículo 15

Si continuas hacia el este a lo largo de la costa de África occidental, el golfo de Guinea gira hacia el sur y se dirige hacia África central. Tras navegar por Guinea Ecuatorial, Gabón y Pointe-Noire, en Congo-Brazzaville se llega a la desembocadura del río Congo, el punto de entrada a la República Democrática del Congo, un país que a menudo se considera el epítome de la anarquía. Los congoleños tienen una broma: ha habido seis Constituciones desde que el país logró la independencia de Bélgica en 1960, pero todas tienen el mismo artículo 15. Charles-Maurice Talleyrand, el primer ministro francés del siglo XIX, dijo que las Constituciones deben ser «breves y oscuras». El artículo 15 cumple su máxima. Es corto y oscuro; dice, simplemente: «Débrouillez-vous» ('arregláoslas').

Lo habitual es pensar en una Constitución como un documento que ordena las responsabilidades, los deberes y derechos de los ciu-

dadanos y de los Estados. Se supone que los Estados resuelven los conflictos entre sus ciudadanos, los protegen y proporcionan servicios públicos clave como la educación, la atención sanitaria y las infraestructuras que los individuos, por sí solos, no son capaces de procurarse de manera adecuada. Se supone que una Constitución no dice *débrouillez-vous*.

La referencia al artículo 15 es una broma. No existe tal cláusula en la Constitución congoleña.⁷ Pero la broma es oportuna. Los congoleños se las han estado arreglando por sí mismos al menos desde la independencia de 1960 (y antes las cosas eran incluso peores). De manera repetida, su Estado no ha logrado llevar a cabo ninguna de las cosas que se supone que hace y está ausente en una gran parte del país. Los tribunales, las carreteras, los centros de salud y las escuelas no funcionan en amplias zonas del país. El asesinato, los robos, la extorsión y la intimidación son cosa habitual. Durante la Gran Guerra de África, que arrasó el Congo entre 1998 y 2003, la vida de la mayoría de los congoleños, ya miserable, se convirtió en un auténtico infierno. Es posible que perecieran cinco millones de personas; fueron asesinadas o murieron a consecuencia de enfermedades o del hambre.

Incluso durante los períodos de paz, el Estado congoleño no ha conseguido defender las cláusulas de la verdadera Constitución. El artículo 16 declara:

Todas las personas tienen derecho a la vida, la integridad física y el libre desarrollo de su personalidad, siempre que respeten la ley, el orden público, los derechos de los demás y la moral pública.

Pero gran parte de la región de Kivu, en el este del país, todavía está bajo el control de grupos rebeldes y de caudillos que roban, hostigan y asesinan a civiles mientras saquean la riqueza mineral del país.⁸

¿Qué dice el verdadero artículo 15 de la Constitución congoleña? Comienza así: «Las autoridades públicas son responsables de la eliminación de la violencia sexual». Sin embargo, en 2010 un funcionario

7. El texto de la Constitución de la República Democrática del Congo de 2015 puede encontrarse en: <<http://www.parliament.am/library/sahmanadrutyunner/kongo.pdf>>.

8. Para un útil resumen de los grupos rebeldes del este de la República Democrática del Congo, véase: <<http://www.bbc.com/news/world-africa-20586792>>.

de Naciones Unidas describió el país como «la capital mundial de las violaciones».⁹

Los congoleños están solos. *Débrouillez-vous*.

Un viaje por la dominación

Esta expresión no sólo es apropiada para los congoleños. Si se retrocede hasta el golfo de Guinea, se llega a Lagos, la capital empresarial de Nigeria, el lugar que mejor resume la lúgubre visión del futuro que tiene Kaplan, quien la describió como una ciudad «cuyo crimen, contaminación y sobrepoblación la convierten en el cliché por excelencia de la disfunción urbana del Tercer Mundo».¹⁰

En 1994, como escribió Kaplan, Nigeria estaba bajo el control del ejército, con el general Sani Abacha como presidente. Abacha no pensaba que su trabajo fuera resolver conflictos de manera imparcial o proteger a los nigerianos. Se centró en matar a sus oponentes y en expropiar la riqueza natural del país. Las estimaciones de cuánto robó empiezan en alrededor de los 3.500 millones de dólares.

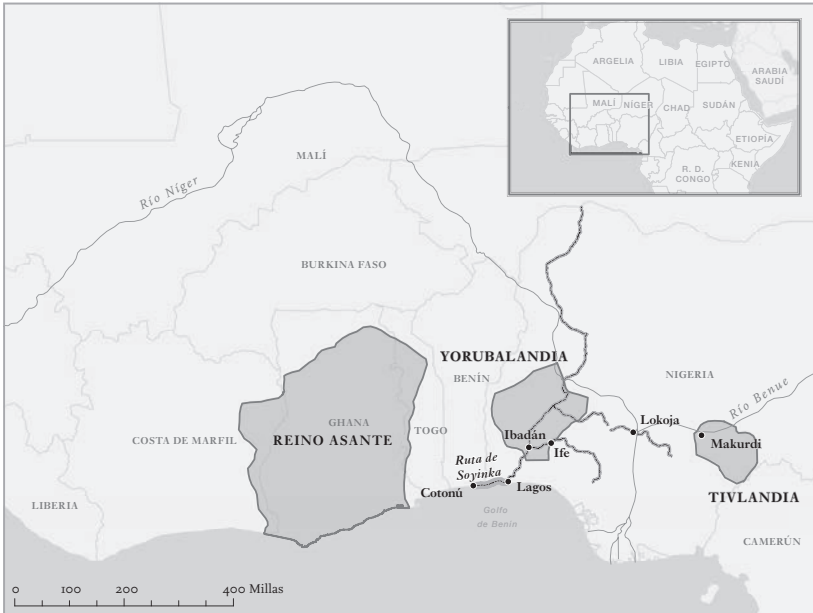
El año anterior, el escritor Wole Soyinka, ganador del premio Nobel, había regresado a Lagos, cruzando la frontera terrestre desde Cotonú, la capital de la vecina Benín (que se muestra en el mapa 1). Recordó¹¹ que «Al aproximarse a la frontera entre Nigeria y Cotonú, se podía entender a primera vista lo que sucedía. Durante millas, pasamos por delante de una larga fila de vehículos aparcados en la carretera que llegaba hasta la frontera, que no podían o no estaban dispuestos a cruzar». Las personas que se atrevían «regresaban después de una hora de iniciar su aventura, con el vehículo dañado o los bolsillos mermados, tras haber sido obligadas a pagar un peaje para llegar incluso hasta el primer control de carretera».

Sin dejarse intimidar, Soyinka entró en Nigeria para conseguir que alguien le llevara hasta la capital, para que luego le dijeran: «*Oga Wole, eko o da o*» (maestro Wole, Lagos no es buena). Se presentó un taxista que se señalaba la cabeza vendada con la mano vendada. Procedió a narrar el recibimiento que se había encontrado: una banda

9. Sobre el Congo como la capital mundial de las violaciones, véase: <<http://news.bbc.co.uk/2/hi/africa/8650112.stm>>.

10. La descripción que Kaplan hace de Lagos es de Kaplan (1994, p. 52).

11. Las citas de Wole Soyinka son de Soyinka (2006, pp. 348, 351-354 y 356-357).



Mapa 1 África occidental: el histórico reino Asante, Yorubalandia y Tivlandia, y la ruta de Wole Soyinka de Cotonú a Lagos.

sanguinaria lo había perseguido, incluso cuando empezó a conducir su coche en sentido contrario a toda velocidad.

Oga [...]. Esos alborotadores me rompieron el parabrisas, incluso cuando ya estaba dando la vuelta. Ningún dios me salvó. *Eko ti daru* (Lagos es el caos).

Al final, Soyinka encontró un taxi que le llevara a Lagos, aunque el reacio conductor opinaba que «La carretera está maaal. Muy mal». Como dijo Soyinka, «Y entonces comenzó el viaje más espantoso de mi existencia». Continuó:

Los controles de carretera estaban hechos con barriles de petróleo vacíos, neumáticos y cubos de bloqueo desechados, máquinas expendedoras, trozos de madera y troncos de árboles, piedras enormes [...]. Matones independientes se habían quedado a cargo [...]. En algunos controles había una tarifa de paso; la pagabas y se te permitía continuar; pero la seguridad sólo llegaba hasta la siguiente barrera. A ve-

ces la tarifa eran casi cuatro litros, o más, de combustible extraído de tu coche, y luego se te permitía continuar, hasta la siguiente barrera [...]. Algunos vehículos habían pasado claramente por una tormenta de misiles, porras e incluso puños; otros parecían llegar directamente del plató de *Parque jurásico*; se podría jurar que había marcas de dientes raras en la carrocería.

A medida que se aproximaba a Lagos, la situación empeoró.

Normalmente el viaje hasta el centro de Lagos duraba dos horas. Entonces ya habían pasado cinco, y sólo habíamos recorrido unos cincuenta kilómetros. Empecé a ponerme cada vez más nervioso. La tensión en el ambiente se volvió palpable a medida que nos acercábamos a Lagos. Los controles de carretera se volvieron más frecuentes; como lo hizo la visión de vehículos dañados y, lo peor de todo, de cadáveres.

En Lagos, los cadáveres no son una visión insólita. Cuando un alto mando policial desapareció, la policía buscó su cuerpo en las aguas debajo de un puente. Dejaron de hacerlo después de seis horas y veintitrés cadáveres; ninguno era el que estaban buscando.¹²

Mientras el ejército nigeriano saqueaba el país, los lagosenses tuvieron que defenderse por sí mismos. La ciudad estaba dominada por el crimen y el aeropuerto internacional era tan disfuncional que los países extranjeros prohibieron a sus aerolíneas que volaran allí. Las bandas llamadas los «chicos del área» acosaban a los empresarios, sacándoles dinero e incluso asesinandolos. Los chicos del área no eran el único peligro que la gente debía evitar. Además de algún que otro cadáver, las calles estaban cubiertas de basura y ratas. Un periodista de la BBC comentó en 1999 que «la ciudad está [...] desapareciendo bajo una montaña de desperdicios».¹³ No había suministro público de electricidad ni de agua corriente. Para tener luz tenías que comprar tu propio generador. O velas.

La infernal existencia de los lagosenses no sólo consistía en vivir en calles infestadas de ratas y cubiertas de basura y ver cadáveres en las aceras. Además vivían bajo un miedo permanente. Residir en

12. Esta descripción de los cuerpos bajo el puente son de Cunliffe-Jones (2010, p. 23).

13. Para este relato de Lagos desapareciendo bajo una montaña de desperdicios, véase: <<http://news.bbc.co.uk/2/hi/africa/281895.stm>>.

el centro de Lagos con los chicos del área no era divertido. Incluso si un día decidían perdonarte, podían ir a por ti el siguiente; sobre todo si tenías la audacia de quejarte de lo que le hacían a tu ciudad o no les mostrabas la sumisión exigida. Este miedo, esta inseguridad e incertidumbre, pueden ser tan debilitantes como la violencia real, porque, utilizando un término introducido por el filósofo político Philip Pettit, te colocan bajo la «dominación» de otro grupo de seres humanos.

En su libro *Republicanismo: una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Pettit sostiene que el principio fundamental de una vida decente y satisfactoria es la no dominación: la ausencia de la dominación, el miedo y la inseguridad extrema. Es inaceptable, de acuerdo con Pettit, cuando se tiene que¹⁴

vivir a merced de otros, el que tiene que vivir de manera tal, que nos volvamos vulnerables a algún mal que otro esté en posición de infligirnos arbitrariamente.

Esta dominación se experimenta cuando

la mujer [...] se halla en una situación tal, que su esposo puede pegarle a su arbitrio, sin la menor posibilidad de cambiar las cosas; por el empleado que no osa levantar queja contra su patrono, y que es vulnerable a un amplio abanico de abusos [...] que su patrono pueda arbitrariamente perpetrar; por el deudor que tiene que depender de la gracia del prestamista, del banquero de turno, para escapar al desamparo manifiesto o a la ruina.

Pettit reconoce que la amenaza de violencia o abusos puede ser tan perjudicial como la violencia y los abusos en sí mismos. Para estar seguro, uno puede evitar la violencia siguiendo los deseos y órdenes de otra persona. Pero el precio es hacer algo que no se desea y estar sometido a esa amenaza un día sí y otro no. (Como diría un economista, la violencia puede estar «fuera de la senda de equilibrio», pero eso no significa que no afecte a tu comportamiento o tenga consecuencias que son casi tan malas como el sufrimiento de la violencia real.) Pettit considera que esas personas

14. Las citas de Philip Pettit proceden de Pettit (1999, pp. 4-5), y véase también el desarrollo de sus ideas en Pettit (2014).

viven bajo la sombra de la presencia de otros, aunque ningún brazo se levante contra ellos. Viven en la incertidumbre respecto de las reacciones de otros, y con la necesidad de tener el ojo alerta a los humores ajenos. Se sienten [...] incapaces de mirar al otro de frente, y [en una situación] en la que pueden incluso verse forzados a tragar sapos, a la adulación y al falso halago, en un intento de congraciarse.

Pero la dominación no sólo tiene su origen en la fuerza bruta o las amenazas de violencia. Cualquier relación de poder desigual, bien sea impuesta mediante amenazas o por otros medios sociales, como las costumbres, creará una forma de dominación, porque equivale a estar

sujetos a un tira y afloja arbitrario: estar sujetos al arbitrio potencialmente caprichoso o al juicio potencialmente idiosincrásico de otro.

Definimos «libertad» como la ausencia de dominación, porque quien está dominado no puede decidir de manera libre. La libertad o, en palabras de Pettit, la no dominación significa

[la] emancipación de cualquier subordinación de este tipo, [la] liberación de cualquier dependencia de esta clase. Exige la capacidad para sostenerles la mirada a nuestros conciudadanos, en el común bien entendido de que ninguno de nosotros goza de un poder de interferencia arbitraria sobre otro.

Para que haya libertad es fundamental que exista no sólo la noción abstracta de que eres libre de elegir tus acciones, sino la capacidad de ejercitar esa libertad. Esta capacidad está ausente cuando una persona, un grupo o una organización tienen poder para coaccionarte, amenazarte o usar el peso de las relaciones sociales para someterte. No puede estar presente cuando los conflictos se resuelven mediante una fuerza real o su amenaza. Pero, de igual manera, no existe cuando los conflictos se resuelven mediante relaciones de poder desiguales impuestas por costumbres arraigadas. La libertad requiere que desaparezca la dominación, cualquiera que sea su fuente.

En Lagos la libertad no se veía por ningún lado. El conflicto se resolvió a favor del partido más fuerte y mejor armado. Hubo violencia, robos y asesinatos. Las infraestructuras se desmoronaban a cada paso. La dominación estaba por todas partes. No era una anarquía que venía. Ya estaba allí.

La guerra y el Leviatán

El Lagos de la década de 1990 puede parecernos una aberración a la mayoría de los que vivimos con seguridad y confort. Pero no lo es. Durante gran parte de la existencia humana, la inseguridad y la dominación han formado parte de la vida. Durante buena parte de la historia, incluso después de la aparición de la agricultura y la vida sedentaria hace unos diez mil años, los humanos han vivido en sociedades «sin Estado». Algunas de estas sociedades se parecen a unos pocos grupos de cazadores-recolectores que sobreviven en regiones remotas de la Amazonia y de África (también llamados a veces «sociedades de pequeña escala»). Pero otros, como los pastunes, un grupo étnico de unos cincuenta millones de personas que ocupan la mayor parte del sur y el este de Afganistán y el noroeste de Pakistán, eran mucho más grandes y se dedicaban a la agricultura y el pastoreo. Las pruebas arqueológicas y antropológicas muestran que muchas de estas sociedades se encontraban atrapadas en una existencia aún más traumática que la que sufrían a diario los habitantes de Lagos en la década de 1990.

Las pruebas históricas más reveladoras provienen de masacres, asesinatos y homicidios que los arqueólogos han reconstruido a partir de restos de esqueletos desfigurados o dañados; algunos antropólogos han observado esto de primera mano en las sociedades sin Estado que han sobrevivido. En 1978, la antropóloga Carol Ember¹⁵ documentó sistemáticamente que había una tasa muy alta de conflictos en las sociedades cazadoras-recolectoras; un golpe para la imagen de los «salvajes pacíficos» que tenía su profesión. Descubrió contiendas frecuentes, con una guerra al menos cada dos años en dos tercios de las sociedades que estudió. Sólo el 10 por ciento de ellas no estaban en guerra. Steven Pinker,¹⁶ a partir de una investigación de Lawrence Keeley, recopiló pruebas sobre veintisiete sociedades sin Estado estudiadas por los antropólogos a lo largo de los últimos doscientos años, y estimó una tasa de mortalidad causada por la violencia de más del 500 por 100.000 personas; más de cien veces la tasa actual de homicidios en Estados Unidos, del 5 por 100.000, o más de mil veces la de

15. El artículo fundamental sobre la violencia en las sociedades cazadoras-recolectoras es de Ember (1978).

16. Las referencias a Keeley y Pinker son de sus trabajos Keeley (1996) y Pinker (2011); véanse, en concreto, los datos en la figura 2-3 de Pinker (p. 53).

Noruega, de alrededor del 0,5 por 100.000. Las pruebas arqueológicas procedentes de las sociedades premodernas son coherentes con este grado de violencia.

Debemos hacer una pausa para comprender el significado de estas cifras. Con una tasa de mortalidad de más del 500 por 100.000, o del 0,5 por ciento, un habitante típico de esta sociedad tenía una probabilidad del 25 por ciento de ser asesinado en un período de cincuenta años; el equivalente a que una cuarta parte de la gente que conoces sea asesinada de manera violenta durante su vida. Para nosotros, es difícil imaginar la incertidumbre y el miedo que implicaría esa violencia social tan exagerada.

Aunque gran parte de estas muertes y masacres se debían a enfrentamientos entre grupos o tribus rivales, no sólo la guerra y los conflictos dentro de los grupos provocaban esa violencia incesante. Los gebusi de Papúa Nueva Guinea, por ejemplo, tienen tasas aún mayores de asesinatos¹⁷ —de casi 700 por 100.000 en el período entre las décadas de 1940 y 1950, previo al contacto—, que tienen lugar en tiempos normales y pacíficos (¡si un tiempo en que casi el 1 por ciento de la población es asesinado cada año puede llamarse pacífico!). La razón parece estar relacionada con la creencia de que la brujería causa todas las muertes, lo que desencadena la persecución de los culpables, incluso de las muertes no violentas.

No sólo el asesinato hace que la vida en las sociedades sin Estado sea precaria. La esperanza de vida al nacer en estas sociedades era muy baja, entre los veintiuno y los treinta y siete años. Períodos vitales igual de cortos no eran raros para nuestros antepasados de hace más de doscientos años. Pero muchos de nuestros antepasados, como los habitantes de Lagos, vivían en lo que el famoso filósofo político Thomas Hobbes¹⁸ describió en su libro *Leviatán* como

miedo continuo, y peligro de muerte violenta; y para el hombre una vida solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta.¹⁹

Hobbes, que escribió durante otro período infernal, la guerra civil inglesa de la década de 1640, se refirió a esto como la condición de

17. Sobre las tasas de homicidios de los gebusi, véase Knauff (1987).

18. Todas las citas de Hobbes proceden directamente de Hobbes (1996, capítulos 13, 17 y 19).

19. *Ibíd.*, p. 89.

«guerra», o lo que Kaplan habría llamado «anarquía»: una situación de guerra de todos contra todos, de «todo hombre contra todo hombre».

La brillante descripción que Hobbes hace de la guerra deja claro por qué la vida bajo esta condición es peor que desoladora. Empezó con algunas suposiciones básicas sobre la naturaleza humana y sostuvo que en cualquier interacción humana los conflictos serían endémicos. «Si dos hombres cualesquiera desean la misma cosa, que, sin embargo, no pueden ambos gozar, devienen enemigos; y [...] se esfuerzan mutuamente por destruirse o subyugarse.» Un mundo donde no existiera una manera de resolver estos conflictos no iba a ser feliz porque

viene así a ocurrir que, allí donde un invasor no tiene otra cosa que temer que el simple poder de otro hombre, si alguien planta, siembra, construye o posee asiento adecuado, pueda esperarse de otros que vengan probablemente preparados con fuerzas unidas para desposeerle y privarle no sólo del fruto de su trabajo, sino también de su vida o libertad.²⁰

Sorprendentemente, Hobbes se adelantó al argumento de Pettit sobre la dominación, al señalar que la simple amenaza de violencia puede ser perniciosa, incluso si se puede evitar la violencia real permaneciendo en casa después del anochecer o restringiendo los movimientos e interacciones. La guerra, de acuerdo con Hobbes, «no consiste en el hecho de la lucha, sino en la disposición conocida hacia ella, durante todo el tiempo en que no hay seguridad de lo contrario». De modo que la perspectiva de una guerra también tiene enormes consecuencias para las vidas de la gente, por ejemplo, «él, que se arma y trata de ir bien acompañado cuando viaja, que atranca sus puertas cuando se va a dormir, que echa el cerrojo a sus arcones incluso en su casa». Esto le resultaba familiar a Wole Soyinka, que nunca se desplazó a ningún lugar de Lagos sin una pistola Glock sujeta a su costado para protegerse.

Hobbes también reconoció que los humanos ansían algunas comodidades básicas y oportunidades económicas. Escribió: «Las pasiones que inclinan a los hombres hacia la paz son el temor a la muerte; el deseo de aquellas cosas que son necesarias para una vida confortable; y la esperanza de obtenerlas por su industria». Pero estas cosas tampoco vienen dadas de manera natural en un estado de guerra. De hecho, los incentivos económicos se destruyen.

20. *Ibíd.*, p. 87.

En tal condición no hay lugar para la industria; porque el fruto de la misma es inseguro. Y, por consiguiente, tampoco cultivo de la tierra; ni navegación, ni uso de los bienes que pueden ser importados por mar, ni construcción comfortable; ni instrumentos para mover y remover los objetos que necesitan mucha fuerza; ni conocimiento de la faz de la tierra.²¹

Naturalmente, la gente busca una manera de salir de la anarquía, de imponer «restricciones a sí mismos» y «arrancarse de esa miserable situación de guerra que se vincula necesariamente [...] a las pasiones naturales de los hombres». Hobbes ya había previsto cómo podía ocurrir esto cuando presentó la noción de guerra, al observar que ésta surge cuando «los hombres viven sin un poder común que les obligue a todos al respeto». Hobbes denominó a este poder común el «gran LEVIATÁN que se llama una REPÚBLICA o ESTADO», tres palabras que él usaba indistintamente. Por tanto, la solución a la guerra era crear el tipo de autoridad centralizada que no tienen los congoleños, los nigerianos o los miembros de las sociedades anárquicas y sin Estado. Hobbes usó la imagen del Leviatán, el gran monstruo marino descrito en el libro bíblico de Job, para enfatizar que este Estado tenía que ser poderoso. La portada de su libro, que se incluye en el encarte de fotos, mostraba un grabado del Leviatán con la cita de Job:

No hay sobre la tierra poder que se le compare (Job 41:24).

Entendido.

Hobbes comprendió que el todopoderoso Leviatán sería temido. Pero mejor temer a un Leviatán poderoso que temer a todo el mundo. El Leviatán detendría la guerra de todos contra todos, garantizaría que las personas no «se esfuerzan mutuamente por destruirse o subyugarse», eliminaría la basura y a los chicos del área, y haría funcionar la electricidad.

Suena genial, pero ¿cómo, exactamente, consigues un Leviatán? Hobbes propuso dos caminos. Al primero lo llamó «una república [...] instituida cuando una multitud de hombres se ponen efectivamente de acuerdo, y pactan cada uno con cada uno» para crear ese Estado y delegar en él la autoridad y el poder, o como dijo él, «someter así sus voluntades, una a una, a su voluntad, y sus juicios a su juicio».²²

21. *Ibídem*, p. 120.

22. *Ibídem*, p. 120.

De modo que una especie de gran contrato social («el pacto») aceptaría la creación de un Leviatán. Algo difícil de organizar en Lagos. Al segundo lo llamó «una república por adquisición» que «se adquiere mediante fuerza», ya que Hobbes reconocía que en un estado de guerra debía surgir alguien que pudiera «someter a sus enemigos a su voluntad». Lo importante era que «los derechos y consecuencias de la soberanía son idénticos en ambos». Independientemente de cómo una sociedad consiguiera un Leviatán, pensaba Hobbes, la consecuencia sería la misma: el fin de la guerra.

La conclusión puede parecer sorprendente, pero la lógica de Hobbes se revela en su discusión sobre las tres maneras diferentes de gobernar un Estado: a través de la monarquía, la aristocracia y la democracia. Aunque estas instituciones parecen muy diferentes a la hora de tomar decisiones, Hobbes sostuvo que «la diferencia entre estas tres clases de república no consiste en la diferencia de poder, sino en la diferencia de conveniencia». En general, era más probable que una monarquía fuera conveniente y tuviera ventajas prácticas, pero el punto principal es que un Leviatán, independientemente de cómo fuera gobernado, haría lo que hace un Leviatán. Detendría la guerra, aboliría el «miedo continuo, y [el] peligro de muerte violenta» y garantizaría que la vida de los hombres (y, con suerte, también la de las mujeres) ya no fuera «solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta». En esencia, Hobbes sostuvo que el objetivo de cualquier Estado debía ser la «conservación de la paz y la justicia», y que esto era el «fin [para el que] se instituyen todas las repúblicas». Así que el poder, o al menos un poder lo bastante abrumador, era adecuado, con independencia de cómo se llegara a él.

La influencia de la obra maestra de Hobbes en las ciencias sociales modernas difícilmente puede exagerarse. Nosotros nos basamos en Hobbes al teorizar sobre los Estados y las Constituciones, y empezamos por los problemas que resuelven y cómo limitan el comportamiento y redistribuyen el poder en la sociedad. Buscamos indicios de cómo la sociedad funciona con leyes que no son determinadas por Dios, sino por las motivaciones humanas básicas y cómo podemos conformarlas. Pero incluso más profunda es su influencia en cómo percibimos hoy los Estados. Los respetamos, como hacemos con sus representantes, con independencia de si son monarquías, aristocracias o democracias. Incluso después de un golpe militar o una guerra civil, los representantes del nuevo gobierno llegan volando en aviones oficiales y ocupan su asiento en Naciones Unidas, y la comunidad internacional recurre a ellos para hacer cumplir las leyes, resolver conflictos y proteger a sus

ciudadanos. Esto les confiere respeto oficial. Tal como previó Hobbes, con independencia de sus orígenes y el camino que les haya llevado al poder, los gobernantes personifican al Leviatán y tienen legitimidad.

Hobbes tenía razón en que evitar la guerra es una prioridad crucial para los humanos. También estaba en lo cierto al anticipar que cuando los Estados se creaban y empezaban a monopolizar el uso de la violencia y hacer cumplir sus leyes, los homicidios y los asesinatos disminuían. El Leviatán controlaba la guerra de «todo hombre contra todo hombre». En los Estados del oeste y norte de Europa, en la actualidad las tasas de homicidios apenas son del 1 por 100.000 o menos; los servicios públicos son efectivos, eficientes y abundantes; y la gente está más cerca de la libertad que en cualquier otro momento de la historia de la humanidad.

Pero también hubo muchas cosas que Hobbes no comprendió bien. Por un lado, las sociedades sin Estado son bastante capaces de controlar la violencia y contener los conflictos, aunque, como veremos, esto no proporciona demasiada libertad. Por el otro, era demasiado optimista sobre la libertad que traerían los Estados. De hecho, Hobbes estaba equivocado en un tema decisivo (como también lo está, podríamos añadir, la comunidad internacional): el poder no hace lo que es correcto y ciertamente no lo hace por la libertad. La vida bajo el yugo del Estado también puede ser desagradable, brutal y corta.

Comencemos por este último punto.

Conmoción y pavor

No se trataba simplemente de que el Estado nigeriano no quisiera impedir la anarquía en Lagos o de que el Estado de la República Democrática del Congo decidiera que era mejor no hacer cumplir la leyes y dejar que los rebeldes mataran personas. Ambos carecían de la capacidad para hacer esas cosas. La capacidad de un Estado es su habilidad para conseguir sus objetivos. Entre estos objetivos, a menudo están hacer cumplir las leyes, resolver conflictos, regular y gravar la actividad económica y proporcionar infraestructuras u otros servicios públicos. También pueden incluir hacer guerras. La capacidad del Estado depende en parte de cómo se organizan sus instituciones, pero de manera aún más decisiva depende de su burocracia. Es necesario que haya burócratas y empleados del Estado para que puedan implementar los planes del Estado, y es necesario que estos burócratas tengan

los medios y la motivación para llevar a cabo esta misión. La primera persona que enunció esta idea fue el sociólogo alemán Max Weber, que se inspiró en la burocracia prusiana, la cual constituyó la columna vertebral del Estado alemán durante los siglos XIX y XX.

En 1938, la burocracia alemana tuvo un problema. El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (el Partido Nazi), que estaba en el poder, había decidido expulsar a todos los judíos de Austria, que había sido anexionada recientemente a Alemania. Pero en seguida surgió un obstáculo burocrático. Había que hacer las cosas de manera adecuada, de modo que todos los judíos tenían que reunir una serie de papeles y documentos para poder irse. Esto llevaba una cantidad de tiempo excesiva. Se puso al mando al hombre que ocupaba el despacho IV-B-4 en las SS (*Schutzstaffel*, una organización paramilitar nazi), Adolf Eichmann. A Eichmann se le ocurrió una idea que en la actualidad el Banco Mundial llama «ventanilla única». Desarrolló un sistema en cadena que integraba todas las oficinas afectadas: el Ministerio de Finanzas, la gente del impuesto sobre la renta, la policía y los líderes judíos. También envió al extranjero a funcionarios judíos para solicitar fondos a organizaciones judías, para que ellos mismos pudieran pagarse los visados necesarios para emigrar. Como escribió Hannah Arendt en su libro, *Eichmann en Jerusalén*:²³

En un extremo se pone un judío que todavía posee algo, una fábrica, una tienda o una cuenta en el banco, y va pasando por todo el edificio de mostrador en mostrador, de oficina en oficina, y sale por el otro extremo sin nada de dinero, sin ninguna clase de derechos, sólo con un pasaporte que dice: «Usted debe abandonar el país antes de quince días. De lo contrario irá a un campo de concentración».

Como resultado de la ventanilla única, cuarenta y cinco mil judíos abandonaron Austria en ocho meses. Eichmann fue ascendido al rango de *Obersturmbannführer* (teniente coronel) y llegó a convertirse en el coordinador del transporte de la solución final, que implicaba resolver muchos obstáculos burocráticos parecidos para facilitar el asesinato masivo.

23. Las citas sobre Eichmann son de Arendt (1976, pp. 44-45).